

# EL HOMBRE SEMEN

VIOLETTE AILHAUD



En las montañas de la Provenza, la guerra ha sustraído a todos los hombres de la aldea. En dos años no se vio ni uno: ni hombres, ni ladrones, ni autoridades, ni curas. Ya agotadas por la fatiga y por la falta de amor, con el sentido práctico y la determinación que siempre las caracterizaron, las mujeres establecen un pacto: el primer hombre que llegue a la colina será de todas. Y todas las noches se divierten en imaginar cómo será este hombre. Como hablará, reirá, dormirá y comerá. Hasta que, un día, desde la loma, lo ven finalmente llegar...

Una historia que parece un cuento de fantasía sin embargo es increíblemente verdadera, una historia íntima que la autora Violette Ailhaud quiso entregar a un notario, para que fuera consignada cincuenta años después de su muerte a la pariente más cercana, inderogablemente mujer y joven. Tal vez porque creía que solo una mujer joven hubiese podido comprender las razones que mueven esta historia, que son las razones del deseo.

## Breve nota sobre «El hombre semen»

El 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón Bonaparte, sobrino y presunto hijo natural del primer Napoleón, realizó un golpe de estado a la república francesa, de la que era presidente. Como cualquier dictador, disolvió la constitución para modificarla, y poder presentarse nuevamente a elecciones. La reacción de la población parisina ante este golpe fue pobre: los líderes de oposición se exiliaron o fueron arrestados. Solo en la provincia francesa se registró una cierta sublevación, y decididamente en el sur del país, aunque ese es un episodio muy breve y poco difundido de la historia de Francia.

Los sureños aspiraban el regreso de la democracia. Para establecer la resistencia tendieron una red de sociedades secretas en cada pueblo.

Tomaron como emblema el tomillo, símbolo revolucionario del que se esperaba «volviera a florecer». Mientras en las grandes ciudades el ejército aplastaba cualquier intento de resistencia, en la zona sur, Alpes, Costa Azul y Aviñón (que incluye los departamentos del Var y Bocas del Ródano), los republicanos reinstalaron a los alcaldes destitui-

dos por el régimen y organizaron pequeños ejércitos. Estos eran conducidos por líderes comunales de los distintos departamentos. Entre ellos, un guardia de aguas y bosques de apellido Ailhaud, originario de Volx<sup>[1]</sup>, pueblo ubicado en la meseta de Valensole. Al conformar su pequeña escuadra, Ailhaud proclamó: «Ciudadanos, cuando el pueblo se levanta, no es una rebelión que se organiza, es el Orden y la Libertad que aparecen nuevamente».

La suerte de estos líderes y sus hombres, sin embargo, fue trágica. Una a una las columnas de insurrectos fueron cayendo, hasta que en febrero de 1852 toda la resistencia fue derrotada. El usurpador se autoproclamó emperador de Francia, con el nombre de Napoleón III. Muchos de los derrotados habían sido asesinados, otros tantos fueron encarcelados o deportados. Pueblos completos de la Provenza quedaron vaciados de hombres, habitados solo por niños y mujeres viudas, solteras y ancianas. Uno de esos pueblos fue el de Ailhaud, líder comunal de Volx desaparecido en combate. Su hija, Violette, es la autora del libro que usted tiene entre sus manos.

*El hombre semen* tuvo gran difusión en Francia, con cientos de miles de ejemplares vendidos, aunque no en la época de su creación. Tal como verá el lector en una carta aclaratoria de la autora, el escrito fue guardado bajo siete llaves y dejado para su publicación en forma póstuma. La primera edición de este libro vio la luz en 1952, a 27 años de la muerte de su autora. La historia contada en *El hombre semen* es la de esas mujeres en un pueblo «sin hombres». De las que, al dolor ocasionado por la pérdida de sus padres, esposos o hijos, agregaron otro dolor más, pro-

veniente de una incertidumbre: ¿cómo proliferar la vida, en una tierra fértil, pero sin semilla? Este texto es a la vez novela y testimonio. Es testimonio porque porta la voz de una habitante de ese pueblo de mujeres, sobreviviente de la guerra, y su necesidad de continuar la vida. Es novela porque está escrita en un estilo literario acorde a la época de su creación, plagada de imágenes de intensa belleza y gran sonoridad poética. He aquí otro rasgo importante de esta obra: se antepone en varias décadas a la corriente bautizada —desde Primo Levi en adelante— como *novela testimonio*. A la vez, representa una visión radical del mundo desde su riesgo, ante la posibilidad de que el fin de todo sea lo único cierto<sup>[2]</sup>.

# Prefacio

Le Saule Mort, 19 de junio 1919<sup>[3]</sup>

Decidí contar lo que pasó después del invierno de 1852 porque, por segunda vez en menos de 70 años, nuestro pueblo acaba de perder todos sus hombres sin excepción. El último murió el día del Armisticio, el 11 de noviembre pasado.

Para nosotras las mujeres no hay victoria sino vacío y junto mis lágrimas con las de todas las mujeres, alemanas o francesas, que habitan una casa sin hombre. Lloro por esos brazos perdidos hechos para abrazarnos y dar vuelta a las ovejas durante el esquileo. Lloro esas manos segadas hechas para acariciarnos y sostener la guadaña durante horas. Tenía 16 años en 1851, 35 años en 1870 y hoy tengo 84 años. En cada ocasión, la República ha guadañado a nuestros hombres como se guadaña el trigo. Era un trabajo limpio. Pero nuestros vientres —la tierra de las mujeres—, no dieron más cosechas. De tanto guadañar a los hombres la semilla nos faltó.

La historia que les cuento hoy, en la noche de mi vida, se llevó a cabo en lengua provenzal. En esa época no tenía-

mos otro idioma que ese, heredado de nuestros padres. El dialecto provenzal —la jerga, dicen los escupidores— es mi idioma materno y lo admiro por su resistencia. No obstante, decidí escribir nuestra historia en francés para que mi testimonio se propague más allá de nuestra región y porque amo también este segundo idioma. Lo aprendí, lo adopté como se adopta una patria, lo enseñé. Es el de esta República para la cual nuestros hombres dieron su vida de un golpe y nosotras las nuestras durante toda nuestra vida de mujer.

VIOLETTE AILHAUD

## 1

Viene del fondo del valle. Mucho antes de que atraviese el vado del río, de que su sombra rebane, como un lento parpadeo, el brillo del agua entre los arenales, sabemos que es un hombre. Nuestros cuerpos vacíos de mujeres sin marido comenzaron a resonar de una forma que no engaña. Nuestros brazos cansados dejan de apilar el heno al mismo tiempo. Nos miramos y cada una se acuerda del juramento. Empuñamos las manos y nuestros dedos se aprietan hasta hacer crujir los nudillos: nuestro sueño está en camino, helándose de pavor e hirviendo de deseo. El hombre sube. Camina a un buen ritmo. Sin embargo su caminata parece lenta, dolorosamente lenta para nuestros nervios a flor de piel. Para matar este tiempo que nos tortura, redoblamos nuestro impulso en el trabajo. Horquillas y rastrillos bailan una giga que engorda rápidamente las pilas de heno. Nuestros brazos se agitan sin que estemos en ellos. Todos nuestros sentidos están en otro lugar, tendidos hacia él. Cada vez que el hombre desaparece detrás de un repliegue del terreno, me pregunto si no soñé o si él simplemente decidió dar marcha atrás. Cada vez, me doy vuelta hacia mis compañeras y leo en sus rostros la misma angustia que la mía.

El tiempo nos presiona, nos oprime. Pronto tenemos la impresión de que este tiempo nos grita. Estábamos instaladas tranquilamente a la espera, meciéndonos en la certeza de que un hombre vendría. Y he aquí que la cercanía de es-

te hombre empuja nuestra paciencia y la transforma de la buena perra que era, acostada a nuestros pies, en una loba hambrienta.

Desde hace más de dos años que no vemos a un hombre. Los últimos, los nuestros, se fueron en febrero 1852, empujados por gendarmes con fusiles. Estos gendarmes eran del nuevo imperio de Luis Napoleón Bonaparte, parri-cida de la Segunda República, de la cual había sido presidente.

Apenas se fueron, en el pequeño valle, bajo el bosque del Défend, los fusiles chasquearon. Martín y su amigo Juan Antonio fueron asesinados. Intentaron huir. Mi padre también murió, en las Islas de la Salvación, condenado al destierro perpetuo en la colonia penal de Cayena, porque era un jefe, porque era peligroso, porque los asesinos de la República habían decidido reprimir salvajemente a todos quienes la defendían. Los otros fueron desterrados a Argelia. Pero todo eso, la muerte del padre, las deportaciones, lo sabríamos mucho más tarde, cuando los primeros desterrados del pueblo regresaron de Argelia.

Martín era mi enamorado, mi prometido. Yo tenía dieciséis años y medio cuando la desgracia llegó. Él tenía dieciocho. ¿Cuántas veces lo había molestado desde hace años para mostrarle mi atracción? Una vez, una sola vez, lo dejé acariciar, a través de la tela de mi blusa, mis pechos de mujer lista para el amor, lista para inflarse de hijos. Fue el 20 de diciembre 1851, para la fiesta del solsticio de invierno que saluda el fin de los días que se acortan. Durante la noche, habíamos bailado alrededor del fuego a pesar de la tristeza por el fracaso del levantamiento republicano. Ese mismo día, mi padre, nuestro alcalde, se negó a organizar el voto pedido por el nuevo emperador para hacernos refrendar su golpe de Estado. El pueblo estaba enojado: la administración del ilustre príncipe imprimió únicamente pa-peletas «sí».

Como todos los hombres que, menos de diez días antes, habían regresado de la batalla victoriosa de los republicanos del departamento de Méés contra el batallón ligero 14, Martín bebió mucho, para olvidar la humillación de la República derribada, el miedo, la represión que imaginábamos sin conocerle la cara. Yo presentía tiempos malos y había decidido confesar prontamente mi amor y mi deseo. En la granja de su padre, adonde lo arrastré, apreté mi boca sobre la suya. Olía a vino pero me gustó el sabor de ese hombre que estaba decidida a tomar.

Martín y Juan Antonio son los dos únicos hombres que conservamos. Dos hombres muertos, dos cuerpos jóvenes que debimos enterrar en el mar de guijarros.

## 2

Nadie desde febrero del 1852 ha subido al pueblo. Al principio los esperábamos. Esperábamos con pie firme a los representantes del imperio, de la moral, de la religión. Esperábamos a los predicadores y a los soldados de toda índole. Éramos solamente mujeres y niños y sabíamos que deberíamos defendernos contra estas dos clases de predadores de débiles.

Esperábamos sobre todo esta mitad de nuestra humanidad que había sido arrancada de nuestra tierra, de nuestras paredes, de nuestros corazones.

Yo, después de días de gritos y llantos, había transformado mi dolor en odio y en violencia. Engrasaba mis fusiles, disparaba y las otras hacían lo mismo. Cada mujer del pueblo había aprendido al lado de su padre, cuando la edad no hacía todavía diferencias entre niñas y niños, a dosificar el polvo y disparar. Al marimacho que era, le gustaba las armas. El primer disparo fue una revelación. El culatazo me tiró de espaldas. Aquella violencia explosiva me puso la piel de gallina.

Fue un esfuerzo inútil nuestro entrenamiento militar. Nadie vino, como si el oprobio se hubiese ceñido sobre nuestra comunidad, como si la cuarentena de las grandes pes-tes nos cubriera con un manto de niebla para ocultarnos del resto del mundo.

No sabíamos nada. No sabíamos si los hombres que se llevaron estaban vivos todavía. Nadie venía hacia nosotros.

No fuimos hacia los demás tampoco, por miedo, por temor a descubrir que, allende el horizonte de nuestras tierras, no había más que silencio y muerte. No nos movimos más del pueblo, voluntariamente ahogadas por el trabajo que exige, desde el amanecer hasta la noche profunda, la boca abierta de nuestros hijos, de nuestros animales y de nuestros campos.

El primero de mayo, después de varios meses de una espera vana y asfixiante, Rose, la hija del panadero, sacó su vestido de novia. No era de su ajuar pero era su vestido más bonito. Recuerdo que era azul oscuro y que hubiese querido tenerlo. Se lo puso a un espantapájaros que clavó al borde del acantilado. Recuerdo que lloraba de rabia. En el cuello del vestido, anudó el modesto collar de azahares de cera que la familia arrancó a su pobreza. Nosotras, las demás, no intentamos nada para impedirselo, pero compartimos sus lágrimas hasta agrietarnos los ojos y la cara. Rose debía haberse casado en abril.

Entonces la madre del joven que iba a casarse con Rose fue a buscar la tenuta de matrimonio de su hijo y con ella hizo un segundo espantapájaros que tomó la manga del primero. Desde entonces, nuestro pueblo de mujeres vive bajo la mirada de esta pareja que nunca fue y cuyas siluetas inmóviles dan la espalda al valle. Es nuestra señal para decir que aquí hay vida.

Este hombre que avanza lentamente hacia nosotras es entonces el primero. Aprieto una manzana que guardo en mi bolsillo. La recogí verde saliendo esta mañana, porque cayó del árbol en pleno mes de julio. Aprieto esa manzana lisa con su vestido manchado, como por un golpe de aguja, por la marca del gusano que la hizo caer. Acaricio esta manzana que hago brillar y pienso en Eva. De pronto, tengo ganas de creer en ese mito y ser la primera mujer. Tenemos que esperar cerca de una hora antes de que el hombre alcance el linde de nuestro campo. Lo miramos y nos mira. Suspendió su caminata y nosotras nuestros gestos. Sonríe y

creo que la tensión cripa solo nuestros rostros. Cuando da un paso adicional hacia nosotras, nos agachamos para retomar labores. De repente, su mano se posa en mi brazo para detenerlo. Lo miro y desde este momento sé que le pertenezco. Sé, al mismo tiempo, que deberé compartirlo.

Nunca imaginé eso, que pudiese enamorarme. Habíamos hablado largamente entre nosotras. Tuvimos todo nuestro tiempo para pensar, cada una de su lado, a propósito de este hombre, mucho antes de que se materialice. Fortalecida por mi ensueño de Martín y por mi condición de virgen viuda, jamás imaginé que pudiese quedar preñada del desconocido que esperábamos. Lo concebí como un objeto, aunque es un hombre. Había programado nuestra relación como un simple intercambio funcional, pero mis sentimientos arremetieron como una crecida del río Asse, una ola insuperable que barrió mis resoluciones, mis elecciones, mi voluntad.

Habíamos previsto todo ante la venida de un hombre. Nuestro primer objetivo era su semen, luego su fuerza de trabajo y, por último, su presencia. Nunca su amor. Incluso en secreto, no consideré esta eventualidad y mis compañeras tampoco. Estábamos demasiado tendidas hacia esa necesidad primaria, ese llamado de vida que nos llega desde el amanecer de la humanidad y hasta del mundo de los animales: la reproducción. Sin embargo, cuántas veces soñé con acurrucarme contra mi hombre, Martín, recibir su ternura incluso torpe, acariciar su cuerpo y ser aplastada por él para sacudirme después como lo hacen las gallinas que acaban de ser cubiertas por el gallo.

Estoy totalmente conmocionada. No sé ni qué hacer, ni lo que va a pasar. Para el caso, estoy enamorada. Para el caso, fui la primera a quien tocó. Pero nada indica que me va a elegir. Me pregunto si mis compañeras no se enamoraron al igual que yo de este hombre, de nuestro hombre. Siento vergüenza y miedo. Vergüenza de estar atraída por el primer hombre aparecido después de Martín, vergüenza

de ya estar tentada a traicionar el juramento que me une a las otras mujeres del pueblo. Miedo de no saber compartir, miedo de sufrir.

Me doy cuenta de que, poniendo su mano en una sola de nosotras, el hombre divide nuestra armonía. Tengo que reaccionar. Le doy la horquilla. Duda un poco y la agarra. Hundiéndola en el heno, se hunde en la labor, entra en su papel de fuerza de trabajo y nos devuelve nuestra igualdad.

La idea vino una noche de trabajo en común mientras estábamos todas sentadas bajo un árbol y los niños dormían. Salió de la boca de una de nosotras, como una burbuja que acaba de estallar en la superficie de un charco. Pienso que la pregunta nos rondaba desde hace cierto tiempo, anidando en el calor de la inquietud: «¿Y si no hay más hombres?, ¿no más hombres en ninguna parte?». Ninguna de nosotras levantó la cabeza. Semillas de pensamiento como esa pregunta no son de las que hacen levantar la cara para sonreír. La masticamos mucho tiempo, como un puñado de granos de trigo que se queda horas en la boca después de haberle sacado el jugo, las pieles, cada pedazo duro, el gusto. El silencio se hizo bajo el árbol, flotando sobre nuestras cabezas gachas y rumiantes. Y creo que luego hablamos todas al mismo tiempo. Parecíamos una bandada de pavas enloquecidas. Nuestras ideas volaban como saltamontes, cruzándose con sus alas abiertas de todos los colores, azules, rojas, anaranjadas. Decíamos todas lo mismo de mil maneras diferentes. Pero estábamos de acuerdo: un día llegaría un hombre —si quedaban— y tendríamos que compartirlo, por la vida de nuestros vientres.

Lo habíamos imaginado todo, durante noches, después durante días. Dimos vueltas y vueltas a las circunstancias, los detalles, las palabras que diríamos, la organización de la vida alrededor de la presencia del hombre desconocido que vendría. Le hicimos el retrato, la estatua. Durante días y

meses, lo vestimos, lo desvestimos, lo hicimos hablar, reír, dormir, comer y amar.

Era felicidad de una parte y era herida de otra. Una herida que se esforzaba en cicatrizar, pero rascábamos la costra sin pausa para hacerla sangrar, para que vinieran aún más ideas, pensamientos, otros recuerdos del futuro que vendría.